

para emprender la lucha; pero ¿cómo ha de suponerse que la guerra por tierra protegerá á nuestro comercio en el mar? ¿Qué beneficios pueden obtener nuestros marinos de una lucha que espone á los que están libres sin dar la libertad á los que están prisioneros?

Pero se dice que el honor exige la guerra. ¿Es acaso el honor un principio que ha de inducirnos á buscar una venganza, á teñir en sangre nuestras manos, en menosprecio de las leyes de Dios, y sin cuidarnos del porvenir, precipitarnos en una lucha solo por satisfacer nuestra vanidad ó desahogar nuestra cólera? Si el honor exige que declaremos una guerra á la Gran Bretaña, ¿por qué no hemos de hacer lo mismo con Francia en vista de los agravios que nos infliere? Las autoridades francesas consienten los robos, los apresamientos y el saqueo de que somos víctimas; esto es una cosa notoria, pero ¿habremos de consentirlo porque son súbditos de Napoleon los que cometen semejantes abusos? ¿Bastará para compensarnos, la correspondencia y humillaciones del ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos en París? ¿Hay alguna cosa en sus comunicaciones que nos induzca á reconocer á Francia como una potencia amiga, y á declarar la guerra á la Gran Bretaña?

Si los Consejos públicos no deben dejarse arrastrar por la ambición; si nuestros hombres de Estado se creen en el deber de adoptar los medios mas convenientes para asegurar la prosperidad de nuestro pais, ¿será justo que nuestro Gobierno, sin hacer aprecio de los agravios que nos ha inferido Francia, preste su auxilio á esta potencia contra Inglaterra? ¿Por qué se ha de obligar á nuestros conciudadanos á sufragar los gastos de una guerra, creando nuevos impuestos y contribuciones siempre onerosas para el pais? Si alguno desea saber cuántos millones nos puede costar la medida adoptada por el Gobierno, no tiene mas que examinar el informe del Secretario del Tesoro y el presentado por el Comité de auxilios, que aprobó en el mes de marzo último la Cámara de Representantes.

En todo este asunto no ha dado el Gobierno pruebas de gran sabiduría, pues todas sus medidas revelan sobre todo una especie de obstinacion, y se conoce que no ha reflexionado sobre las consecuencias que pueden resultar de su proceder. Sin contar con una escuadra, se trata de combatir á la mas poderosa que se conoce en el mundo; cuando nuestro comercio se halla sin proteccion, se quiere entorpecer el de una potencia con quien no podemos luchar, y antes de aumentar en fin, un solo buque á nuestra marina,

ó un hombre á nuestro ejército, se trata de invadir las colonias de una nacion que sin gasto ni esfuerzo alguno puede introducir la desolacion y la alarma en nuestras costas. Y antes de fortificarnos convenientemente, antes de tomar las medidas necesarias para emprender semejante guerra, ¿por qué precipitarnos en esa sangrienta lucha que siembra el luto y la desolacion en Europa? A ninguno puede ocultársele que empeñarnos en ella con Inglaterra equivale á declarararnos en favor de Francia, y nos sujeta al vasallaje de los Estados que sirven bajo las banderas del emperador.

Los infrascritos no pueden menos de preguntarse qué ganarán los Estados-Unidos con semejante guerra: ¿podrá ser una compensacion el apoderarnos de algunos cruceros en tanto que vemos nuestro comercio perseguido por la escuadra de un enemigo poderoso? ¿Podrá compensar el Canadá la pérdida de Nueva-York ó de los Estados-Unidos occidentales de Nueva-Orleans? No nos hagamos ilusiones; una invasion por nuestra parte podria provocar otra del extranjero, y si llevamos la guerra á las pacificas colonias de la Gran Bretaña, ¿quién asegura que nuestras costas no serán el teatro de sangrientos errores?

En crisis como la presente, y en semejantes circunstancias, los infrascritos no pueden considerar la guerra en que se han precipitado los Estados-Unidos ni como necesaria bajo el punto de vista de nuestros deberes, ni como conveniente bajo el punto de vista político.

(Firmado.)

Jorge Sullivan.	Lewis B. Sturges.
Martin Chittenden.	Benjamin Tallmadge.
Abijah Bigelow.	H. Bleeker.
Elijah Brigham.	Jacobo Emott.
Guillermo Ely.	Asa Fitch.
Josias Quincy.	Tomás R. Gold.
Guillermo Reed.	Jacobo Milnor.
Samuel Taggart.	H. M. Ridgely.
Laban Wheaton.	G. Goldsborough.
Leonardo White.	Felipe B. Key.
Ricardo Jackson.	Felipe Stuart.
Elisha R. Potter.	Juan Baker.
Epaphroditus Champion.	Jacobo Breckenridge.
Juan Davenport.	José Lewis.
Lyman Law.	Tomás Wilson.
Jonatan O. Mosely.	A. M'Bryde.
Timoteo Pitkin.	José Pearson.

CAPÍTULO VIII.

1812.

OPERACIONES DEL AÑO 1812.

Situacion del pais al hacerse la declaracion de guerra.—Ventajas y desventajas.—Situacion de Nueva-Inglaterra.—Arenas desde el púlpito.—Situacion de los Estados del Sur.—Motin en Baltimore.—Entusiasmo en el Oeste.—Nombramiento de oficiales para el ejército.—Dificultades.—Proyecto de invasion del Canadá.—Las fuerzas del general Hull.—Espedicion á Detroit.—Entrada en el Canadá.—Proclama.—Vacilaciones.—Caida de Mackinaw.—Hull se retira á Detroit.—Actividad de los ingleses.—La compañía del capitán Brush.—Derrota de Vanhorne.—Miller en Maguaga.—Evacuacion de Chicago por el capitán Heald.—Espedicion de Cass y M^rArthur.—Los ingleses adelantan.—Rendicion de Hull.—Asombro é indignacion del pais.—Se juzga á Hull y se le condena.—Valor de la armada.—La célebre caza de la *Constitucion* por una escuadrilla británica.—Captura de la *Guerrera* por la *Constitucion*.—Entusiasmo y alegría.—Victoria del *Wasp* sobre el *Frolic*.—Efectos de la artilleria americana.—Decatur apresada al *Macedonio*.—La *Constitucion* se apodera de la *Java*.—Esfuerzos en el Noroeste.—Se confiere el mando á Mr. Harrison.—El general Hopkins en el Wabash.—El capitán Zacarias Taylor en el fuerte Harrison.—Otras expediciones en el Oeste.—Van-Rensselaer en Lewistown.—Resuelve atacar á Queenstown.—Empresas del capitán Wool.—La batalla.—Desgraciada conducta de la milicia en la costa americana.—Victoria de los ingleses.—Heróica tentativa del general Smith.—Su resultado.—Nuevos esfuerzos.—El general Dearborn.—Desenlace enojoso.—Resúmen de la campaña en 1812.

Vemos, pues, de qué modo se empeñó luego el pais en una guerra con la Gran Bretaña: cansados de sufrir tantas injusticias y agravios; reconociéndose suficientemente fuertes para hacer valer sus derechos, los ciudadanos de los Estados-Unidos resolvieron arrojar el guante, y arriesgarlo toda en defensa de sus libertades y á fin de conservar su independendencia entre las demás naciones de la tierra.

Por muchos conceptos la situacion de nuestro pais era entonces mucho mas favorable que en tiempo de la guerra revolucionaria, pues no solo la poblacion se habia duplicado con creces, sino que contábamos con muchos mas recursos. Establecido el Gobierno en sólidas bases, predominaba el orgullo nacional y los americanos se juzga-

ban iguales á las mas poderosas naciones del antiguo mundo. Por muy absurdo que pareciese, si se reflexionaba acerca del poder relativo de Inglaterra y los Estados-Unidos, al emprender una lucha tan desigual, los americanos no vacilaron ni un momento, pues con valerosa audacia se lanzaron á la pelea, creyéndose bastante fuertes para combatir á sus enemigos.

Ciertamente no carecian de resolucion nuestros conciudadanos; no faltaban corazonadas intrépidos y hombres animosos, mas preciso es confesar que no contábamos con medios suficientes para entrar en lucha con un enemigo tan poderoso como Inglaterra. Ni en el Gobierno, ni en el ejército, teniamos hombres suficientemente entendidos y que reunieran las condiciones necesarias

para dirigir con el debido acierto las operaciones de la guerra contra las colonias de la Gran Bretaña, por tierra, ó contra su terrible y poderosa armada por mar. La altiva reina de los mares contaba con sus mil castillos flotantes, donde ondeaba orgulloso el pabellon real, y sus innumerables cruceros recorrian todos los mares atacando á los indefensos buques americanos, mientras la escuadra de los Estados-Unidos solo constaba de ocho fragatas y doce goletas! (*)

Pero esta desproporcion de fuerzas, esta reconocida falta de recursos, no era entonces nuestra única desventaja. El espíritu de partido, las disensiones y discordias entre demócratas y federalistas, y la animosidad de unos y otros, eran los mas graves obstáculos con que tenian que luchar aquellos que declarándose en favor de la guerra, estaban resueltos á llevarla á cabo á todo trance. Boston, que tanto se habia distinguido en la guerra de la revolucion, no aprobaba entonces la lucha con Inglaterra, y en prueba de ello baste decir que cuando tuvo conocimiento de la resolucion del Congreso, dispuso que se bajaran á media asta los pabellones de sus buques en señal de luto y humillacion. En Nueva-Inglaterra no se oian sino murmuraciones contra el poder ejecutivo y los hombres que optaban en favor de la guerra; las diversas legislaturas; los comerciantes, los abogados, las personas acomodadas, y todos los hombres notables de aquella parte del pais, se declararon en contra de su Gobierno y sus medidas, y mu-

(*) En 1812, segun dice Mr. Cooper, la armada de la Gran Bretaña constaba de mil sesenta buques, de los cuales, de siete á ochocientos eran cruceros. En tal estado se hallaban las cosas en Europa, que Inglaterra podia enviar cuantos buques quisiera contra los americanos. La escuadra de los Estados-Unidos, si así puede llamarse, constaba, segun el mismo autor, de diez y siete buques. Véase la *Historia naval*, de Cooper, vol. II, p. 40.

chos de los ministros del altar, que se creian con derecho para ser consejeros en política, lo mismo que en religion, se permitieron pronunciar arengas con tal violencia y un estilo de que no hay ejemplo en la historia. No estará de más reproducir aquí una muestra de sus diatribas.

«Esta es una guerra injusta por todos estilos, y que se ha proclamado bajo los pretextos mas frívolos é infundados, y yo aconsejo á mis oyentes que en todas horas y en todos los sitios condenen la lucha en que se quiere comprometer al pais. Si Mr. Madison ha declarado la guerra dejadle que la haga él solo; si no quereis ser convertidos en esclavos de aquellos que ya lo son, debeis cortar vuestras relaciones con el Gobierno ó alterar la Constitucion, de modo que tambien vosotros podais formar parte de aquel. Hace ya tiempo que la Union está virtualmente disuelta, y es tiempo que empien á cuidar de sí mismos los Estados que se separaron.» Hé aquí otro párrafo: «Si los ingleses pudieran enviar á nuestro pais todos sus ejércitos y sus buques para quemar en un solo dia todas las ciudades desde Maine á Georgia, vuestros condescendientes gobernantes serian capaces de entonar cánticos de gloria al contemplar tan espantosa conflagracion. ¿Qué esclavo del antiguo dominio habrá seguido mas atentamente la vista de su amo para satisfacer sus deseos, con mas servilismo del que han dado pruebas vuestros hombres de Gobierno al obedecer presurosos las órdenes del Gran Napoleon? ¿Cuál será la sentencia de los que promueven esta guerra anti-cristiana? ¿Cómo podrán vivir con sus remordimientos, cómo sufrir el fuego eterno, cómo escuchar los cánticos celestiales cuando estén sufriendo los tormentos que les esperan? (*)»

(*) Véase la *Historia de la Segunda guerra*, por Ingersoll, vol. I, págs. 52-56.

No es extraño que al escuchar semejantes arengas se declarase el pueblo de Nueva-Inglaterra en contra de la lucha, é hiciera lo posible para combatir las medidas del Gobierno (*).

En los Estados del Centro y del Sur habia mas diversidad de opiniones, y si bien es cierto que algunos desaprobaban la guerra, la mayoría opinaba que era preciso proseguirla con energía y vigor, pero es sensible que estos últimos manifestasen sus ideas de una manera violenta y escandalosa. Parece que en Baltimore se publicaba un diario titulado la *Gaceta Federal*, cuyo editor no profesaba las mismas opiniones de su partido, sin embargo de lo cual permitiase atacar al Gobierno y su política con demasiada libertad. El dia 20 de junio por la tarde, amotinóse la multitud delante de las oficinas de dicho periódico, y penetrando luego en ellas, hizo pedazos cuanto le vino á las manos. Algunas semanas despues Hanson, el editor, trató de reorganizar su oficina, en la esperanza de que la ley le protegeria, mas temiendo un nuevo ataque fortificó su casa, y auxiliado de los generales Enrique Lee y

1812. Lingan, oficiales de la Revolucion, resolvió resistir á la agresion con la fuerza. El dia 27 de julio, presentóse de nuevo la multitud ante las oficinas de Hanson; ver-

(*) Mr. Dwight reproduce la correspondencia que medió entre las autoridades de Washington y el gobernador de Connecticut, en la cual se manifiesta qué razones se alegaron para no permitir á la milicia que saliese del Estado. «En julio de 1812, dice Mr. Dwight, el Gobernador de Massachusetts espidió una orden general á la milicia del Estado, en la que, despues de algunas observaciones preliminares acerca de la situacion del pais, disponia que se organizara un cuerpo de diez mil hombres inmediatamente, y añadia: Como no es fácil reunir este número para rechazar una invasion repentina, y seria muy molesto tener á la milicia constantemente de servicio, se previene á los oficiales que estén dispuestos con la gente que haya de ir á sus órdenes para reunirse y ponerse en marcha en un momento dado. *Historia de la Convencion*, de Hartford, p. 269.

tióse la sangre, y los sitiados tuvieron que entregarse para salvar sus vidas, y se les condujo á la prision para instruir la oportuna causa. A la noche siguiente la cárcel fué asaltada, y los amotinados maltrataron tan vergonzosamente á los prisioneros, que el general Ligan murió á consecuencia de los tormentos que le hicieron sufrir: el general Lee quedó cojo para toda la vida, y sus demás compañeros se salvaron solo por haberse fingido muertos. Las autoridades de la ciudad no se opusieron, segun parece, á estos desmanes, de que eran la causa principal Hanson y sus amigos, por haberse atrevido á desafiar al partido democrático de Baltimore (*).

En el gran territorio del Oeste, fué donde principalmente dominó el espíritu guerrero sobre la oposicion, pues los rudos y vigorosos colonos de aquella parte de nuestro pais, estaban dispuestos á luchar por la causa de la libertad y á defender sus derechos á todo trance. Entre aquellos hombres predominaba el entusiasmo y el amor á su pais, y todos parecian aguardar con impaciencia la hora en que debia darse la señal para lanzarse á la pelea (**). Reconociendo los peligros á que estaba espuesta la frontera por los frecuentes ataques de los indios, persuadidos de que Inglaterra influia con las tribus con el objeto de escitarlas á cometer actos hostiles, y halagados por la perspectiva de conquistar el

(*) La reaccion que se produjo á consecuencia de este hecho fué causa de que se verificara un cambio en la política de Maryland.

(**) El distinguido federalista Juan Jay, manifestó sus opiniones francamente cuando se le pidió que emitiera su parecer acerca de la cuestion de guerra. Con fecha 28 de julio de 1812 escribia á un amigo: «Como la guerra se ha declarado *Constitucionalmente*, el pueblo está en la obligacion de soportarla en la forma que la prescriban las leyes Constitucionales. En mi opinion, la declaracion de guerra no era necesaria, ni conveniente, ni razonable, y creo que los que piensen así, no deben tener inconveniente en decirlo individual y colectivamente en esta ocasion. *Vida de Juan Jay*, vol. I, pág. 445.

Canadá, arrojando al enemigo del continente, los ciudadanos del territorio del Oeste estaban resueltos á lanzarse en cuerpo y alma á la lucha, sin dudar que la victoria coronaria al fin sus patrióticos esfuerzos.

Sensible es que hallándose animados nuestros compatriotas de tan laudable celo y valor, se hubiera descuidado tan culpablemente el hacer los convenientes preparativos para la guerra, con tanta mas razon cuanto que no se contaba con jefes á propósito para dirigir nuestras fuerzas. Segun ya hemos dicho, Madison no era propenso á la guerra, y ningun individuo de su Gabinete tenia en la materia suficientes conocimientos para aconsejar al Presidente. Al principio pensó éste en nombrar á Enrique Clay comandante en jefe, pero el elocuente orador de Kentucki no poseia ningun conocimiento militar, y además necesitábase su presencia en la Cámara de Representantes; entonces Madison trató de buscar entre los oficiales que aun quedaban de la revolucion, un jefe á propósito, y Enrique Dearborn, mayor que habia sido en la primera guerra, y miembro despues del Gabinete de Jefferson, fué nombrado general en jefe, y Jacobo Wilkinson, Wada Hampton, Guillermo Hull, y José Bloomfield, brigadieres del ejército, Tomás Pinckney recibió el nombramiento de mayor general. Poco despues, sin embargo, se reconoció que la edad de aquellos oficiales por una parte y el mucho tiempo que habian estado retirados del servicio, era un grave inconveniente para que pudieran dirigir las operaciones militares con actividad y probabilidades de hecho. Prescindiendo de todo esto, y aun cuando el Congreso habia autorizado el alistamiento de veinticinco mil hombres, vióse que era imposible reunir dicho número porque se presentaban muy pocos

para entrar en servicio, lo cual era tanto mas de sentir si se atiende á que no se contaba al principio de la guerra con mas de cinco mil hombres y estos diseminados en una vasta estension de territorio. Cierto es que el Presidente estaba autorizado para organizar un cuerpo de cincuenta mil voluntarios y reunir cien mil hombres de la milicia, pero estos últimos, aunque con frecuencia bravos, dejábanse dominar á veces por el temor, y de ningun modo podia contarse con ellos para contrarestar las disciplinadas tropas del enemigo. Añádase por último que las autoridades de diversos Estados no se hallaban dispuestas á desprenderse de su milicia en aquellas circunstancias.

Poco tiempo antes de la declaracion de guerra, habiase proyectado la invasion del Canadá, única empresa hostil que por entonces podia acometerse, y abrigábanse esperanzas de obtener buen éxito, pues muchos arguyeron que si los Estados-Unidos pudieran vencer á Inglaterra cuando solo contaban con la mitad de poblacion, mas fácil les seria entonces arrojar al enemigo de América. El general Hull, gobernador del territorio de Michigan y comandante del ejército del Noroeste, segun se le llamaba, era el encargado de comenzar el ataque, y sus fuerzas constaban de mil quinientos hombres de tropas regulares y unos dos mil de la milicia del Ohio, con los cuales debia cooperar el cuerpo de ejército del centro compuesto de dos mil soldados y otros tantos milicianos. Todas estas fuerzas marchaban á la frontera del Niágara, y se confiaba que seria fácil arrollarlo todo á su paso y plantar al poco tiempo el estandarte de la Union en las murallas de Montreal. Si el general Hull hubiera sido el hombre que se necesitaba para el caso y se hubiese visto debidamente apoyado por el poder ejecutivo,

1812.

es probable que se hubiesen realizado las esperanzas del pais.

Hacia mediados de junio, salió Hull de Dayton (Ohio) con las fuerzas de su mando, y tres regimientos de voluntarios á las órdenes de los coroneles M'Arthur, Cass, y Fiday, pero la marcha de estas fuerzas se retrasó algun tanto porque despues de pasar por Stanton y Urbanna, tuvieron que abrir un camino al atravesar las desiertas regiones que se estienden entre el último de los puntos citados y las cataratas de Maumee, (un espacio de ciento cincuenta millas). Despues de construir cuatro fuertes, las tropas llegaron á las cataratas el 30 de junio, siendo de advertir que el 26, es decir cuatro dias antes, el general Hull habia recibido por conducto de un espreso una carta de Dr. Eustis, Secretario de la Guerra, escrita pocas horas antes de haberse declarado oficialmente la guerra. Sin que se comprenda por qué, el contenido de esta carta se reducía principalmente á reiterar órdenes espeditas con anterioridad, y hacíanse además en ella ciertas indicaciones, dando á entender que se iba á declarar pronto la guerra. En la esperanza de recibir nuevos informes cuando ocurriese novedad, y no imaginando ni remotamente que los ingleses pudieran recibir tan importante noticia antes que él, Hull, con objeto de facilitar la marcha de su ejército, fletó un buque á fin de enviar á Detroit todos sus enfermos, y la mayor parte de sus bagajes. El buque se hizo á la vela el 1.º de julio, pero al llegar cerca de Malden cayó en poder de los ingleses, pues dos dias antes habian recibido ya la noticia de la declaracion de guerra. Entre el equipaje de Hull se encontraba desgraciadamente una maleta que contenia documentos oficiales y privados del general, de los cuales se apoderó el enemigo, enterándose por este

medio de la situacion de Hull y de sus tropas.

La carta del Secretario de la Guerra, fechada el 18 de junio, y que contenia la importante noticia de la declaracion de guerra, se recibió el 2 de julio, causando no poco asombro que se remitiera por la mala, como si fuera un documento sin importancia. Hull, que se habia puesto en marcha, acampó el 5 de julio en Spring-Wells, frente á Sandwich, á pocas millas de Detroit, en cuyo punto entró el general despues de tres ó cuatro dias de descanso, para resolver lo que deberia hacerse.

El ejército deseaba tomar la ofensiva y tenia esperanzas de apoderarse del Canadá: el 9 de julio, el general americano recibió despachos del Secretario de la Guerra, por los cuales se le autorizaba para comenzar las operaciones de la manera que juzgase conveniente, y en su consecuencia, accediendo á los deseos de sus oficiales y de sus tropas, Hull cruzó el rio el dia 12 tomando posesion del pueblo de Sandwich, en donde espidió una enérgica proclama á los habitantes de la provincia, en la cual les decia, que el objeto de su llegada era librar á todos de la tiranía é injusticias de la Gran Bretaña, que iba á proteger á los buenos ciudadanos, y que estaba resuelto á esterminar á los ingleses si impedían el auxilio de los indios, porque sus fuerzas eran bastantes para vencer todos los obstáculos. Sus hechos, sin embargo, no correspondieron á sus palabras; aquel era el momento de avanzar para caer sobre Malden ó Amherstberg, importantes fortalezas de los ingleses, situadas cerca del rio Detroit, á la entrada del lago Erie, y cuyas guarniciones solo constaban de unos seiscientos hombres al mando del coronel St. George. Si Hull hubiese obrado con prontitud y energía, era seguro el triunfo de los americanos, mas el

general comenzó á vacilar, y juzgando mas prudente aguardar la llegada de la artillería, perdió aquella oportunidad tan favorable.

En vez de atacar á Malden ó dirigirse al Canadá, Hull permaneció una y otra semana en un estado de inactividad inesplicable, sin hacer cosa alguna que justificara las pomposas promesas de su proclama, resultando de aquí que se resfrió el ardor de sus tropas y cundió entre ellas la desconfianza. Entre tanto el enemigo no permanecía ocioso; la guarnicion de Malden fué reforzada, cortáronse las comunicaciones, y bien pronto la posicion del general americano comenzó á ser bastante crítica, tanto mas, cuanto que á fines del mes recibióse la noticia de haber caido Mackinaw en poder del enemigo, quien de este modo se hizo fuerte en una de las mejores plazas del pais. Segun parece, el dia 17 de julio, habia atacado á Mackinaw un cuerpo de ejército compuesto de mil veinticuatro hombres, entre ingleses é indios, y como el teniente Hanks, encargado de la custodia del fuerte, no tenia á sus órdenes mas que cincuenta y siete hombres, é ignoraba por otra parte que se hubiese declarado la guerra, á pesar de que habian transcurrido doce dias desde la llegada de Hull á Detroit, no tuvo mas remedio que ceder. La intimacion de rendirse, fué la primera noticia que tuvo Hanks de haberse roto las hostilidades, y al saber cuál era la fuerza del enemigo, capituló en el acto, estipulando que se dejara salir á la guarnicion con los honores de la guerra.

El general americano se atemorizó al recibir estas noticias, y comprendiendo que estaba amenazado de un grave peligro por las escursiones de los salvajes del Noroeste, dió orden á sus tropas para retroceder, precisamente cuando debia atacar á Malden, y el dia 8 de agosto volvió á Detroit, sin haber

intentado la menor cosa para volver por su honor.

Los ingleses no dejaron de aprovecharse de la impericia de Hull: el general Brock se encargó del mando de la guarnicion de Malden; los agentes de la compañía del Noroeste comenzaron á trabajar activamente, sobre todo en escitar á las tribus indias contra los americanos, y Tecumseh, que era entonces mayor general al servicio Británico, se puso en marcha inmediatamente para ir á ocupar los bosques situados al Sur de Detroit y cortar las comunicaciones.

Cerca del rio Raisin, Tecumseh encontró y detuvo una compañía de voluntarios del Ohio, que á las órdenes del capitán Brush iban á reunirse con el general Hull, á quien esperaban encontrar en el Canadá. Brush consiguió enviar un mensaje al jefe americano, y el mayor Vanhorne se puso en marcha inmediatamente con unos doscientos hombres á fin de escoltar á Brush hasta Detroit; pero cayendo en una emboscada de indios, cuyas fuerzas eran muy inferiores, fué completamente derrotado, y solo unos ciento de los suyos pudieron volver al fuerte, pues los demás quedaron muertos ó heridos. Los indios se apoderaron tambien de los despachos de Hull, que se enviaron á Brock, y de este modo supo el jefe inglés la posicion de las tropas americanas.

Poco despues supo Hull que á consecuencia de un armisticio celebrado entre Sir Jorge Prevost y el general Dearborn, en el cual no se comprendió por cierto al general americano, el comandante inglés quedaba en libertad de enviar todas sus fuerzas contra el ejército del Noroeste. En semejante estado de cosas, Hull resolvió intentar un esfuerzo para restablecer las comunicaciones con Ohio, y al efecto, dió orden al teniente coronel Miller para que con seiscientos hombres mar-

chara á Raisin á batir los salvajes que allí hubiera; pero al mismo tiempo el general Proctor, por parte del enemigo, acababa de cruzar el rio con todas sus fuerzas, compuestas de cuatrocientos á quinientos hombres, para aprovecharse de las ventajas que acababa de obtener Tecumseh.

En Brown's Town, ó Maguaga, á unas catorce millas de Detroit, los americanos encontraron á los indios y á los ingleses en una fuerte posicion, pero avanzaron valerosamente al ataque, y despues de una empeñada lucha, obligaron á retirarse al enemigo, el cual se embarcó inmediatamente para volver á Malden. Miller, que habia perdido en este encuentro unos ochenta hombres, fué llamado poco despues á Detroit.

El dia 9 de agosto, Hull envió una orden al capitán Heald para que evacuara á Chicago y marchase inmediatamente á Detroit. Heald se puso en camino el 15 con unos setenta hombres y cincuenta indios amigos, escoltando á varias mujeres y niños, mas á poco fueron atacados por los salvajes, en número de quinientos, y Heald, despues de perder la mitad de su gente, tuvo que rendirse á Blackbird, jefe de la tribu de los Pottawottamie.

Habiendo indicado el capitán Brush que trataria de llegar á Detroit dando un rodeo; los coroneles Cass y M'Arthur se ofrecieron voluntariamente para ir á su encuentro á fin de asegurar la llegada de los víveres, y aceptada la proposicion, tomaron trescientos cincuenta hombres y se pusieron en marcha el 13 de agosto. Desgraciadamente no consiguieron su objeto; los soldados se perdieron en el bosque, y despues de andar errantes algun tiempo, y agotadas sus provisiones, tuvieron que volver á Detroit.

El general Brock, que habia llegado á Malden el 13 de agosto, dió orden para que vol-

viera la expedicion del rio Raisin, y el 15 levantó baterías frente á Detroit, hecho lo cual envió un parlamentario á Hull, intimándole la rendicion, pero los americanos contestaron que estaban dispuestos á rechazar al enemigo. Brock mandó inmediatamente que se rompiera el fuego de sus baterías contra la ciudad y el fuerte, y segun parece, Hull se dejó dominar por el terror de tal modo, que escitó la indignacion de sus oficiales, y seguramente si los coroneles Cass y M'Arthur hubieran estado allí, se le habria privado del mando, y esto hubiese evitado acaso un triste desenlace.

En la mañana del 16 de agosto, los ingleses desembarcaron en Spring-Wells, á tres millas de Detroit y avanzaron inmediatamente al ataque. Las fuerzas de Hull estaban formadas en orden de batalla fuera del fuerte; la artillería preparada, y los americanos deseando empezar el combate, pero cuando los ingleses estuvieron á quinientas varas de distancia, oyóse con el mayor asombro que se mandaba á las tropas retirarse al fuerte. No es fácil describir la escena que siguió despues; el pobre Hull, deseaba tan solo salir de su angustiosa situacion, y dió orden de que se izara una bandera blanca en el fuerte, que fué entregado á discrecion, sin dispararse un tiro, sin que el jefe americano consultara á sus oficiales y sin estipular cosa alguna para que al menos se concediera á las tropas los honores de la guerra. Así pues, el fuerte, la guarnicion y las municiones, el destacamento á las órdenes de Cass y M'Arthur, y hasta las fuerzas mandadas por el capitán Brush, fueron incluidos en la capitulacion. Segun parece, lo que mas temia Hull era caer en manos de los indios, y este temor fué lo que le indujo seguramente á entregarse. Cuando el jefe americano llegó al Canadá, no contaban los ingleses en Malden